Epílogo

Tendrás que pensártelo

Bien, ya está. A trancas y barrancas, desde luego, pero lo principal creo que ahí queda dicho. Me refiero a lo «principal» que yo soy capaz de decirte ahora: otras cosas mucho más principales tendrás que aprenderlas de otros o, lo que será mejor, pensarlas por ti mismo. No pretendo que te tomes este libro demasiado en serio, ¡por nada del mundo! Después de todo, es muy probable que ni siquiera se trate de un verdadero libro de ética, al menos si Wittgenstein tenía razón. Este notable filósofo contemporáneo consideraba tan imposible escribir un *verdadero* libro de ética que afirmó: «Si un hombre pudiese escribir un libro sobre ética que fuese verdaderamente un libro sobre ética, ese libro, como una explosión, aniquilaría todos los demás libros del mundo.» Aquí me tienes, ya acabando estas páginas que te dirijo y sin haber oído el trueno aniquilador de ninguna explosión. Mis viejos libros que tanto quiero (incluido ése en el que Wittgenstein expresa la opinión antes citada) siguen afortunadamente incólumes en los estantes de la biblioteca. Por lo visto no me ha salido el encantamiento, digo el libro de ética: tú, tranquilo. Otros muchísimo mejores que yo lo intentaron antes con resultados que tampoco hicieron volar

en añicos el resto de la literatura pero que de todos modos harás bien en intentar conocer: Aristóteles, Spinoza, Kant, Nietzsche... Aunque me he propuesto no citártelos a cada rato porque estábamos hablando entre amigos, te confieso que lo más aprovechable que pueda haber en las páginas anteriores viene de ellos: a mí sólo me corresponde la paternidad de las tonterías (¡perdona, no te des por aludido!).

De modo que este libro no tienes por qué tomártelo demasiado en serio. Entre otras cosas porque la «seriedad» no suele ser una señal inequívoca de sabiduría, como creen los pelmazos: la inteligencia debe saber *reír*... Su tema, en cambio, harás bien en no pasarlo por alto: trata de lo que puedes hacer con tu vida y si eso no te interesa, ya no sé lo que puede interesarte. ¿Cómo vivir del mejor modo posible? Esta pregunta me resulta mucho más sustanciosa que otras aparentemente más tremendas: «¿Tiene sentido la vida? ¿Merece la pena vivir? ¿Hay vida después de la muerte?» Mira, la vida tiene sentido y sentido único; va hacia adelante, no hay moviola, no se repiten las jugadas ni suelen poder corregirse. Por eso hay que reflexionar sobre lo que uno quiere y fijarse en lo que se hace. Después... guardar siempre el ánimo ante los fallos, porque la suerte también juega y a nadie se le deja acertar en todas las ocasiones. ¿El sentido de la vida? Primero, procurar no fallar; luego, procurar fallar sin desfallecer. En cuanto a si merece la pena vivir, te remito a lo que comentaba a este respecto Samuel Butler, un escritor inglés a menudo guasón: «Ésa es una pregunta para un embrión, no para un hombre.» Cualquiera que sea el criterio que elijas para juzgar si la vida vale la pena o no, lo tendrás que tomar de esa misma vida en la que ya estás sumergido. Incluso si rechazas la vida, lo harás en nombre de valores vitales, de ideales o ilusiones que has

aprendido durante el oficio de vivir. De modo que es la vida lo que vale... incluso para quien llega a la conclusión de que no vale la pena vivir. ¡Más razonable sería preguntarnos si «tiene sentido la muerte», si la muerte «vale la pena», porque de ésa *sí* que no sabemos nada, ya que todo nuestro saber y todo lo que para nosotros vale proviene de la vida! Creo que toda ética digna de ese nombre parte de la vida y se propone reforzarla, hacerla más rica. Me atreveré a ir más lejos, ahora que nadie nos oye: pienso que sólo es *bueno* el que siente una *antipatía activa por la muerte*. ¡Ojo! Digo «antipatía» y no «miedo»; en el miedo siempre hay un inicio de respeto y bastante sumisión. No creo que la muerte se merezca tanto... Pero ¿hay vida después de la muerte? Desconfío de todo lo que debe conseguirse gracias a la muerte, aceptándola, utilizándola, haciendo manitas con ella, sea la gloria en este mundo o la vida perdurable en algún otro. Lo que me interesa no es si hay vida *después* de la muerte, sino que haya vida *antes*. Y que esa vida sea buena, no simple supervivencia o miedo constante a morir.

Me quedo pues con la pregunta acerca de cómo vivir mejor. A lo largo de todos los capítulos anteriores he intentado no tanto contestarla como ayudarte a *comprenderla* más a fondo. En cuanto a la respuesta, me temo que no vas a tener más remedio que buscártela personalmente. Y eso por tres razones:

a) Por la propia incompetencia de tu improvisado maestro, o sea yo. ¿Cómo voy yo a enseñar a vivir bien a nadie si sólo acierto a vivir regular y gracias? Me siento como un calvo anunciando un crecepelo insuperable...

b) Porque vivir no es una ciencia exacta, como las matemáticas, sino un *arte*, como la música. De la música se pueden aprender ciertas reglas y se puede escuchar lo que

han creado grandes compositores, pero si no tienes oído, ni ritmo, ni voz, de poco va a servirte todo eso. Con el arte de vivir pasa lo mismo: lo que puede enseñarse le viene muy bien a quien tiene condiciones, pero al «sordo» de nacimiento son cosas que le aburren o le lían aún más de lo que está. Claro que en este campo la mayoría de los sordos suelen serlo *voluntariamente*...

c) La buena vida no es algo general, fabricado en serie, sino que sólo existe *a la medida*. Cada cual debe ir inventándosela de acuerdo con su individualidad, única, irrepetible... y frágil. En lo de vivir bien, la sabiduría o el ejemplo de los demás pueden ayudarnos pero no sustituirnos...

La vida no es como las medicinas, que todas vienen con su prospecto en el que se explican las contraindicaciones del producto y se detalla la dosis en que debe ser consumido. Nos la dan sin receta, la vida, y sin prospecto. La ética no puede suplir del todo esa deficiencia porque no es más que la crónica de los esfuerzos hechos por los humanos para remediarla. Un escritor francés muerto no hace mucho, Georges Perec, escribió un libro titulado así: *La vida: instrucciones para su uso*. Pero se trata de una deliciosa e inteligente broma literaria, no de un sistema de ética. Por eso he renunciado a darte una serie de *instrucciones* sobre cuestiones concretas: que si el aborto, que si los preservativos, que si la objeción de conciencia, que si patatín o que si patatán. Ni mucho menos he tenido el atrevimiento (¡tan repelentemente típico de quienes se consideran «moralistas»!) de predicarte en tono lastimero o indignado sobre los «males» de nuestro siglo: el consumismo, ¡ah!, la insolidaridad, ¡eh!, el afán de dinero, ¡oh!, la violencia, ¡uh!, la crisis de valores, ¡ah, eh, oh, uh! Tengo mis opiniones sobre esos temas y sobre otros, pero yo no soy «la ética»: sólo soy

papá. A través de mí, la ética lo único que puede decirte es que busques y pienses por ti mismo, en libertad sin trampas: responsablemente. He intentado enseñarte *formas* de andar, pero ni yo ni nadie tiene derecho a llevarte en hombros. ¿Acabo con el último consejo, sin embargo? Ya que se trata de *elegir*, procura elegir siempre aquellas opciones que permiten luego mayor número de otras opciones posibles, no las que te dejan cara a la pared. Elige lo que te *abre*: a los otros, a nuevas experiencias, a diversas alegrías. Evita lo que te encierra y lo que te entierra. Por lo demás, ¡suerte! Y también aquello otro que una voz parecida a la mía te gritó aquel día en tu sueño cuando amenazaba arrastrarte el torbellino: ¡confianza!

Despedida

«Adiós, amigo lector; intenta no ocupar tu vida en odiar y tener miedo» (Stendhal, *Lucien Leuwen*).

Apéndice

Diez años después: ante el nuevo milenio

Han pasado casi diez años desde que escribí las páginas que acabáis de leer (porque las habéis leído, ¿verdad?: muchas gracias). Amador ha cumplido venticinco años –¡parece mentira, con qué desvergüenza los hijos le envejecen a uno con el pretexto de crecer!– y ya no me atrevo a hacerle recomendaciones morales... ni casi de ningún otro tipo. Probablemente sabe ahora tanto como yo de las cosas que importan: y ciertamente sabe más que yo de muchas de las cosas que *hoy* más importan. Quizá algún día sea él quien escriba un libro para mí y seguro que será mejor que esta obrita modesta que compuse hace ya tanto como si le dirigiese una larga carta. Digo «como si» porque a fin de cuentas estas páginas no fueron pensadas exclusivamente para él ni siquiera principalmente para él (¡ya me ha soportado bastante en persona!): las escribí para ti, lectora o lector, para ti que tienes ahora mientras me lees un poco más de quince años y algo menos de dieciocho, para ti a quien no conozco aunque a tantos como tú he conocido ya por suerte en estos diez años. Para ti que tienes dudas y deseos, que quieres disfrutar pero también ser justo, que no te avergüenzas de pensar y quieres saber cuáles son los caminos de la aventura

humana. Para ti, aventurera o aventurero, porque ser racional y solidariamente humano es la única aventura que merece la pena...

De modo que cuando ya ha pasado tiempo suficiente –o demasiado tiempo, ¡ay!– y Amador se ha ido a jugar sin intermediarios ni maestros la carta de su vida, ahora por fin puedo hablarte directa y solamente a ti. ¿Querrás escucharme todavía un poco más, un poco después? Supongo que, como todo el mundo, estás oyendo hablar mucho del nuevo milenio. ¡El nuevo milenio, imagínate, con sus amenazas y también con sus esperanzas! Y quizá hasta te has llegado a preguntar si habrá algo así como una «ética del nuevo milenio». La cosa te interesa, como es lógico, porque después de todo tú vas a pasar la mayor parte de tu vida en el milenio de marras (algunos en cambio sólo vamos a estar un poquito, como de visita nada más: somos irremediablemente supervivientes del siglo xx). De modo que la cuestión es: ¿vale lo que dijimos el siglo pasado para el nuevo que estamos estrenando?, ¿no son las cosas hoy –y sobre todo mañana– demasiado distintas, demasiado inéditas?, ¿acaso no deberíamos empezar a pensar de otro modo, puesto que todo indica que vamos a vivir de otro modo? Para atender en la medida de lo posible esas preguntas te añado estas líneas finales.

Para empezar, te diré que no creo que eso del cambio de siglo o de milenio deba preocuparnos demasiado. Ni los siglos ni los milenios constituyen una medida adecuada para la vida real de la gente corriente como tú o como yo, que difícilmente llegaremos a durar cien años y desde luego en ningún caso sobreviviremos mil. Las cosas que más cuentan para nosotros con sus placeres y dolores suelen ocupar unos cuantos días, horas, a veces pocos minutos: el

tiempo fugaz de la carcajada o el suspiro. Además, ¿qué importan los números que aparecen en el calendario, ni el que sean nueves, ceros o unos? La fecha no influye para nada en lo que ocurre: al contrario, es lo que ocurre lo que hace destacarse la fecha que empleamos para situar históricamente el suceso extraordinario. Lo notable del año 1616 es que en él murieron Cervantes y Shakespeare, pero no que fuese un número especial... ¡ni tampoco los dos grandes genios murieron casi a la vez por culpa de semejante cifra!

A fin de cuentas, la cronología es como la numeración de las páginas de un libro: no determina lo que se cuenta en cada una de ellas (el protagonista puede besar a la chica lo mismo en la página cuarenta que en la ciento tres) pero sirve para establecer el índice de los capítulos, cosa que tiene poco que ver con el argumento de la narración. De modo que porque los calendarios vayan a pasar del uno seguido de muchos nueves al dos seguido de ceros o de dos ceros y un uno, nada va a ocurrirnos ni de bueno ni de malo. Esas cosas sólo se las toman en serio los vendedores de *souvenirs* y de camisetas estampadas... o los que manejan ordenadores y temen que el llamado «efecto dos mil» enloquezca esas máquinas de las que ya tantas operaciones cotidianas dependen.

Pero te veo fruncir el ceño, con cara de ir a ponerme una objeción: ¿acaso no es evidente que la vida humana cambia de un año para otro, que hace medio siglo no teníamos televisores, ni vídeos, ni Internet, ni tarjetas de crédito, ni sida, ni viajes espaciales, ni...? ¿Es que todas esas transformaciones, aunque nada tengan que ver con las hojas del calendario, no cuentan y mucho a la hora de pensar cómo podemos vivir mejor? Pues sí, tienes razón... pero no *toda* la razón. Antes de comentarte en qué sentido me parecen importan-

tes para nosotros esos indudables cambios, recordemos por un momento lo que no cambia. Y déjame contarte una breve historia, literalmente un *cuento chino* que quizá ya me has oído alguna vez.

Érase una vez en la vieja China un joven príncipe que se convirtió en emperador a la muerte de su padre. Tenía una noble ambición, no tan frecuente como debiera entre los gobernantes: quería ser perfectamente justo y hacer feliz a su pueblo. Para ello decidió documentarse exhaustivamente de la historia del país, de su geografía, de sus diversas costumbres y religiones, de sus recursos naturales, de los últimos estudios científicos sobre psicología y sociología, de los avances tecnológicos, etc... En fin, quería saberlo absolutamente *todo* sobre cómo vivieron ayer y vivían hoy sus súbditos, a fin de acertar a gobernarles mañana del mejor modo posible. Con tal fin reunió a los más destacados sabios de su reino y les solicitó un completísimo informe enciclopédico que aclarase todas sus dudas. Los expertos se pusieron inmediatamente al trabajo del modo más concienzudo. Pasaron los meses, pasó un año y luego otro y después otro más...

Diez años más tarde, el comité de sabios se presentó ante el emperador, transportando con grandes dificultades treinta enormes volúmenes de varios miles de páginas cada uno con el resultado de sus investigaciones. Pero el emperador, ya inmerso en las mil ocupaciones de sus tareas inaplazables de gobierno, se impacientó ante una obra tan prolija: «¡No tengo tiempo de leer tantos mamotretos! Necesito algo más resumido. ¡Y daros prisa, que me urge iniciar las reformas pendientes!» Los científicos se retiraron con respetuosas reverencias y pusieron manos a la obra. Entre discusiones y enmiendas se les fueron otros diez años, al cabo

de los cuales volvieron trayéndole al monarca quince copiosísimos volúmenes. Por entonces el emperador intentaba sofocar una rebelión en las provincias del norte y combatía en la frontera del este contra un vecino hostil, mientras se esforzaba en paliar los efectos desastrosos de grandes inundaciones en el sur. «¿De dónde queréis que saque tiempo para estudiar tanto libraco? ¡Rápido, preparadme un resumen manejable y no me entretengáis con detalles superfluos!» Quejándose por lo bajo de tal exigencia, los eruditos volvieron a retirarse y con enormes esfuerzos lograron compendiar todo su saber en un único, monumental y congestionado tomazo. Lo malo es que tal hazaña les llevó otros diez años y cuando regresaron triunfantes a palacio el antaño joven príncipe se hallaba ya en su lecho de muerte. No es buen momento la agonía para informarse, de modo que dejarle discretamente la enciclopedia en la mesilla de noche al moribundo les pareció claramente inadecuado. Sin embargo el director del comité de sabios no se resignaba a que la tarea encomendada quedase totalmente incumplida: se acercó a la cabecera del emperador y susurró a su oído este mensaje definitivo: «Los humanos nacen, aman, luchan y mueren». ¿Acaso no es siempre así en todos los países y culturas, en todas las épocas? ¿Hace falta realmente saber mucho más para afrontar con conocimiento de causa el proyecto permanentemente abierto de la buena vida?

La moraleja de esta historia es que no conviene esperar cada trimestre ni siquiera cada siglo (me atrevería a decir que tampoco cada milenio) novedades esenciales que modifiquen las bases de la reflexión ética. Sin embargo, una cosa son los principios y otra su aplicación concreta en cada momento histórico. A este nivel sí que conviene tomar en cuenta los cambios que ocurren –¡y muy aceleradamente,

por cierto!– en nuestra época. Sin ir más lejos: en el último capítulo de este libro yo te hablaba de que éramos ya en el mundo cinco mil millones de seres humanos. Pues bien, como quizá sepas, hace pocas semanas el secretario general de la ONU ha proclamado solemnemente el nacimiento de nuestro semejante número... ¡seis mil millones! De modo que todo lo que al respecto te decía en «Elecciones generales» se ha hecho a la vez más grave y más urgente.

El ser humano existe en tres registros, interrelacionados unos con otros: como persona individual, como sociedad y como especie. Durante siglos, contó mucho la sociedad (el grupo, la tribu, la comunidad, la nación) y poco la persona individual: aún hay algunos colectivistas que quieren que volvamos a esa etapa arcaica. Desde hace unos pocos siglos el individuo se fue haciendo cada vez más importante, lo cual obligó a transformar el tipo de sociedades en que vivimos, haciéndolas más democráticas y abiertas para todos, porque nadie quiere ya ser mero engranaje de una máquina social por bien engrasada que esté. Pero lo característico de nuestro siglo –y si no me equivoco, aún más del próximo– es tomar conciencia de que pertenecemos a una misma especie y que la humanidad en su conjunto debe intentar salvarse toda junta... o pereceremos también todos, unos antes y otros después. Hablar de «especie humana» –o mejor dicho, de «humanidad»– no es manejar un concepto meramente biológico (como cuando clasificamos otras especies animales o vegetales) sino que apunta a un proyecto común, a una forma de comprender lo humano desde una fraternidad básica. Equivale a algo que podríamos resumir así: ser humano es no poder *entenderse* a uno mismo si te *desentiendes* del resto de tus semejantes. Un autor latino dijo: «Soy humano y nada de lo humano me es ajeno»; o sea: ante lo

mejor y lo peor de los seres humanos caben distintas apreciaciones o valoraciones, pero no la indiferencia porque la humanidad del otro siempre *compromete* la mía...

No nos engañemos: vivir así no es nada cómodo, sobre todo si queremos ir más allá de las palabras bonitas. No hay nada más fácil que amar a la Humanidad en abstracto, sobre todo cuando alguien quiere ponerse sublime para quedar bien: después de todo, nunca tropieza uno con doña Humanidad ni tiene que cederle el asiento en el autobús; pero lo verdaderamente difícil es respetar a los otros seres humanos concretos y aún más si son «raros», si vienen de lejos, si hablan otra lengua y tienen otras creencias, como pasa ya en muchas de nuestras ciudades. Respetar al prójimo que se nos parece es cosa bastante obvia, porque en cierto modo equivale a respetarse a uno mismo, dado que somos como él: lo complicado empieza cuando tenemos que aceptar al *diferente*, al extraño o al extranjero, al inmigrante. Después de todo, los humanos somos animales gregarios y por tanto nos gusta vivir en rebaño, es decir, entre quienes más se nos asemejan. Vivir en rebaño es como vivir entre espejos: siempre vemos a nuestro alrededor caras que reflejan la nuestra, que hablan como nosotros, que comen lo mismo, que se ríen o lloran por cosas similares. Pero de pronto llega alguien que no pertenece a nuestro clan, que tiene un olor o un color distinto y que *suena* de otro modo. Entonces el animal gregario que hay dentro de nosotros se asusta o desconfía, se siente en peligro, cree estar siendo «invadido». En una palabra, nos volvemos agresivos y *peligrosos*...

Como no solamente somos cada vez más sino que también cada vez es más fácil viajar y comunicarse, la presencia de «extraños» en nuestro rebaño o tribu no cesa de aumentar. Si vives en una gran ciudad ya lo habrás notado

sobradamente; si estudias en un centro como es debido –de los que no excluyen ni segregan a nadie para mantener su inhumana «pureza» gregaria– quizá ocupes asiento en tu escuela o instituto al lado de alguien que no es un mero «espejo» tuyo, sino que presenta apariencia diferente. Y lo más probable es que eso, al principio, te cree dificultades... ¡como sin duda también se las crea al otro! Ya tenéis para empezar algo en común: sentiros y saberos «diferentes» de quien sin embargo convive a vuestro lado. Pero si controlas tus instintos gregarios, si no escuchas los gruñidos de la mala pécora que acecha en tu fuero interno, pronto descubrirás que compartes con ese forastero muchas más cosas de las que aparentemente os distinguen. Verás que os parecéis en lo esencial, que ella o él también ha nacido, también ama, lucha y sabe que va a morir lo mismo que tú. Que igual que tú necesita palabras y comprensión, apoyo y reconocimiento.

Ahora recuerdo una escena de un telefilm de los Simpson: Homer visita una especie de manicomio y le enseñan a un tipo rarísimo, feroz y peludo; los doctores le dicen que nunca nadie ha oído a semejante monstruo decir la menor palabra humana. Homer entonces le saluda: «¡Hola!» Y la fiera gruñe también «hola». Todos los médicos acuden admirados para estudiar el prodigio, mientras el supuesto monstruo refunfuña: «¡Ya era hora de que alguien me saludase!» La mayoría de las veces el otro resulta incomprensible porque nadie tiene paciencia para tomarse la molestia de intentar hacerse comprender como es debido...

En la lengua castellana, la palabra «huésped» significa dos papeles aparentemente contrapuestos: el de quien se aloja en la casa de otro y el de ese otro que le aloja en su casa. Pero quizá este doble uso un poco desconcertante encierra en

el fondo una verdad muy profunda sobre la condición humana. Porque todos somos a la vez el forastero recibido en casa ajena y el anfitrión que le aloja y debe preocuparse por su bienestar. Desde que nacemos –y no olvides que «nacer es llegar a un país extranjero», como dijo un antiguo griego– dependemos de la hospitalidad que otros quieran darnos, sin la cual no podríamos vivir. Pero pronto somos también nosotros los que debemos atender a otros que han llegado después, intentando que se sientan lo más cómodos posibles.

No preguntes qué derecho tiene el otro a tu hospitalidad; sólo recuerda que tú también la necesitaste y la obtuviste; si no la obtuviste, recuerda que querías obtenerla y trata al otro como tú deseabas ser tratado, no como efectivamente te trataron. A fin de cuentas, todos los humanos somos inmigrantes en este planeta y desde luego no viene de más lejos ni es más «extraño» quien llega desde otro país que el surgido por primera vez de la nada en el vientre de su madre. ¿Quién puede parecerse más a ti, quién tiene más derecho a llamarse tu semejante y hasta tu hermano que aquella o aquel que llega desde no se sabe dónde, cuanto más lejos mejor? Quizá toda la ética de la que tanto venimos hablando pueda resumirse en respetar las leyes no escritas de la *hospitalidad*: en todas las épocas y latitudes, portarse hospitalariamente con quien lo necesita –y por ello se nos asemeja– es ser realmente humano. Como venimos de no se sabe dónde, tenemos que guiñarle el ojo con complicidad a cualquiera que llegue de no sabemos dónde... Ya que antes elogiamos la perspicacia de la lengua castellana en su doble uso de la palabra «huésped», rindamos ahora tributo a la lengua inglesa, donde se responde hermosamente a la palabra «gracias» con el lema universal de los buenos anfitriones: *you are welcome*, es decir «sea usted bienvenido».

Pero las obligaciones de la hospitalidad aún se extienden más allá. El buen huésped –en ambos sentidos de la palabra– procura no sólo ser fraterno con sus semejantes sino también respetar y cuidar al máximo la casa en la que se hospeda o en la que hospeda a otros. Tal «casa» de todos es precisamente el planeta Tierra que habitamos (¡aunque quizá tú mismo o tus hijos, quién sabe, tengáis la ocasión de ocupar algún día otro «piso» en el enorme vecindario del sistema solar!). Por el momento, no tenemos otro hogar en todo el universo que este modesto cuerpo celeste de tercera categoría en el que ya nos hemos acostumbrado a vivir. Si lo polucionamos fatalmente o destruimos sus recursos... ¿de dónde sacaremos sustituto a medio plazo para él?

Hace unos siglos, cuando los seres humanos eran mucho menos numerosos y necesitaban menos fuentes de energía natural, se podía habitar la Tierra como si sus aguas, sus árboles y sus minas fuesen infinitos: hoy ese derroche es ya un lujo que no podemos permitirnos, porque nuestra economía global produce ahora en tres semanas más de lo que nuestros abuelos producían en todo un año. Este dispendio de elementos naturales insustituibles plantea un desafío a nuestra prudencia moral, primero por la injusticia que supone que los países más desarrollados gasten y polucionen cien veces más que todos los otros y después cuando pensamos en nuestros próximos descendientes... ¡con los cuales tenemos anticipadamente ciertas obligaciones como «huéspedes» venideros! De modo que la hospitalidad bien entendida –es decir, éticamente entendida– empieza por preocuparnos del buen mantenimiento de esta «nave» interplanetaria en la que viajamos por el cosmos todos juntos... aunque sea trazando círculos.

¿Y qué más? Pues ahora sí, ya sólo me queda despedirme. Y recomendarte que no esperes milagros salvadores ni de los nuevos siglos ni de los nuevos milenios porque ningún calendario trae realmente nada nuevo a la vida de los hombres. Sólo confía en ti y en tus semejantes, en lo que podemos (¡podéis!) hacer todos juntos con sólo quererlo de verdad. Inteligentemente. Por lo demás, como dicen al despedirse mis amigos mexicanos, «que te vaya bonito...».

Apéndice

Veinte años después

Han pasado veinte años desde que este libro apareció en las librerías. A pesar de su declarada vocación juvenil, que no ha perdido, en cierto modo podemos decir que ya es mayor de edad. Algunos me preguntan si no habría que modificar parte de sus contenidos o añadir otros nuevos, después de estas dos décadas. Aunque el tango diga que «veinte años no es nada», la verdad es que son mucho tiempo en la existencia de cualquiera, incluso de un libro...

¿Ha cambiado entre tanto la ética? La verdad es que no: lo que ha cambiado y mucho (no siempre para bien, desde luego: la crisis económica, el paro, etc...) es la sociedad. Si tuviera que escribir hoy este libro, lo que debería transformar son los ejemplos y las referencias sociales, empezando por el nombre de algún futbolista que menciono y que los adolescentes actuales tendrán que buscar en Wikipedia para enterarse de quién fue. Tampoco la mismísima Wikipedia existía hace veinte años, ni Twitter, ni Facebook, ni los blogs, ni... Alguno de los lectores más jóvenes se preguntarán cómo se podía vivir sin esas maravillas, ahora tan familiares. Sin embargo, juro que vivíamos, ni más ni menos que hoy. Y las preguntas que nos hacíamos sobre cómo emplear

mejor nuestra libertad no eran fundamentalmente distintas a las que se están haciendo en este momento las chicas y los chicos que pueden leer esta página.

Por eso creo que el propósito con que fue escrito este libro sigue siendo válido. *Ética para Amador* nunca fue un recetario de soluciones –hay que hacer esto, no hay que hacer aquello– sino una **invitación**. ¿A qué? A reflexionar. ¿Sobre qué? Sobre la orientación que podemos dar a nuestra vida. Porque la ética consiste en intentar vivir **a propósito**, de un modo deliberado y consciente, sin limitarse a seguir como un borrego la rutina establecida, los mecanismos colectivos o imitando sin crítica a la mayoría de quienes nos rodean. Y esa reflexión a la que este libro invita tiene tres características que conviene recordar:

Es **autónoma**, o sea que cada cual debe pensarla por sí mismo y para sí mismo. No es una serie de mandamientos que hay que aprender, sino ideas y pautas para actuar que hay que comprender. Otras personas o los libros pueden enseñarte muchas cosas interesantes, pero vivir es una experiencia que nadie puede hacer por ti. Y vivir como de veras te conviene es una decisión que sólo tú puedes tomar.

Es **laica**, o sea que depende de tu capacidad de razonar y no de tus creencias, por respetables que sean. La ética no proviene de dogmas religiosos o políticos, sino de argumentos y conocimientos sobre los que cada cual debe pensar. Todos somos a ratos «creyentes» en esto o en aquello –suele depender de dónde hemos nacido y de la fe de quienes nos rodean– pero la ética está destinada a los momentos en que nos portamos como «pensantes».

Es **alegre**, o sea que se ocupa de cómo mantener y aumentar tu gozo humano de vivir. Obrar bien no es una penitencia ni el sufrimiento indica que se ha escogido el mejor camino. Es verdad que a veces comportarse como humanos racionales y libres comporta esfuerzo, incluso algún sacrificio. Pero el objetivo es mantener y aumentar la alegría de existir, que no equivale a aturdirse o a no querer ver los aspectos difíciles y hasta terribles de la vida. Aprender a amar la vida humana es aceptarla en sus placeres y también en sus dolores, pero procurando siempre hacerla más plenamente gratificante para uno mismo y para quienes la comparten con nosotros.

Cuando hace veinte años se escribió este libro, ésta era la invitación a reflexionar que quería transmitirse con él. Y sigue en pie, a pesar de las transformaciones históricas y sociales, como un reto estimulante y necesario para quienes son jóvenes... y también para quienes ya no lo somos tanto.

Índice

Aviso antipedagógico 11

Prólogo 13

I. De qué va la ética 17
II. Órdenes, costumbres y caprichos 29
III. Haz lo que quieras 39
IV. Date la buena vida 51
V. ¡Despierta, baby! 61
VI. Aparece Pepito Grillo 71
VII. Ponte en su lugar 85
VIII. Tanto gusto 101
IX. Elecciones generales 113

Epílogo. Tendrás que pensártelo 127

Apéndice. Diez años después: ante el nuevo milenio 133

Apéndice. Veinte años después 145